

EL PASO DIFÍCIL DEL EJÉRCITO ASIRIO

(Is. 10, 28)

Corría el año 701 a. C.; Jerusalén se preparaba a la defensa: Ezequías reparaba los muros, aseguraba el agua a la ciudad. Se temía un ataque de parte de Sennaquerib. En efecto, el monarca asirio marchaba al frente de sus tropas. Tomada Sidón y sujeta la Fenicia, puesto en fuga el rey Eluleo, se encaminaba hacia el Sur. Isaías, el gran Vidente, traza en magníficas pinceladas la marcha triunfante del ejército enemigo:

“Ya llegó a Aiat,
Pasó por Migrón;
En Michmas deja su bagaje.
Salvan el paso,
Pernoctan en Gabaa.
Estremécese Rama,
Gabaa de Saúl huye.
¡Alza el grito, hija de Gallim!
¡Atiende, Laisa; respóndele, Anatot!
Huye Madmena;
Los habitantes de Gabim se ponen en salvo.
Un día más, y estará en Nob.
Está agitando la mano contra el monte Sión,
Contra la colina de Jerusalén.” (Is. 10, 28-32.)

Sennaquerib había seguido, sin duda, el camino que cruzaba la Palestina de Norte a Sur, convertido más tarde en carretera romana, que aún hoy día en parte se conserva. Pero al llegar a Betel, a la distancia de unos 18 kilómetros de Jerusalén, se aparta del camino ordinario y se desvía hacia el Oriente (1). Quiere llegar de improviso

(1) DUHM (*Das Buch Jesaia*) a quien siguen entre otros GRAY (*The Book of Isaiah*) y CONDAMIN (*Le livre d'Isaïe*), junta con el v. 28 las tres últimas palabras del v. 27, y modificándolas ligeramente lee *עלה בפני רבן* “se adelanta de Pne-Rimmon”, o bien “il s'avance du côté de Rimmon”. Es de-

sobre la capital y tomarla como por sorpresa. Muy pronto está en Ai. Desde aquí el camino, en dirección Sur, con leve inclinación al Este, es casi llano; no ofrece dificultad; corre por bajas lomas y hondonadas fáciles. Pero al llegar a Michmas, de pronto se encuentra el viajero con un profundo valle a sus pies. Los montes de enfrente, en cuya cresta se asienta Gabaa, 70 metros más alta que Michmas, aparecen como una inmensa muralla imposible de escalar. Pero al invasor fuerza es salvar el abismo. El camino de la izquierda, imposible; está cortado por el wady Swenit: el de la derecha, fácil; lleva a Rama, pero va a desembocar precisamente al camino que abandonó Sennaquerib junto a Betel. Si quiere sorprender a Jerusalén y caerle encima inadvertido, no hay sino un medio: continuar hacia el Sur, y por escondidos valles llegar hasta Nob, de donde precipitarse sobre la presa. El asirio lo comprende perfectamente, y por esto toma sin vacilar la resolución de dejar en Michmas el bagaje. Ese pormenor revela en Isaías un conocimiento perfecto del sitio. Así aligerado, bajará el ejército a la pequeña llanura junto a Tell-Miryam, se dejará caer en el profundo barranco de wady el-Medine y en el punto en que éste confluye con el wady en-Natuf, cruzado el Swenit, escalará por la áspera cuesta la alta cumbre de Gabaa (1).

cir, que Isaías ve adelantarse el ejército asirio del actual Rammun, a unos tres kilómetros al Sur de Taiybeh.

La modificación del texto no es, a la verdad, considerable; pero ella envuelve, a nuestro juicio, una imposibilidad topográfica. Por de pronto es muy improbable que Sennaquerib, dejando el camino ordinario, tomara otro más hacia el Este, que fuera a desembocar en Rammun. Pero, aun prescindiendo de esta improbabilidad, nadie que haya recorrido la región podrá persuadirse que el monarca asirio desde Rammun fuera a pasar por Ai. Si lo hacía directamente, tomando la dirección Suroeste, se hundía en un valle profundo, de cuya difícil subida a Deir Diwan conservamos aún viva impresión. Y si, como se hace ordinariamente, tomaba por de pronto la dirección Sur, tenía que torcer luego formando ángulo recto para ir a Ai; rodeo perfectamente inútil, puesto que desde Rammun a Michmas hay camino directo y fácil, que es precisamente el que seguimos nosotros. Cualquiera, pues, que sea la dificultad del v. 27—que reconocemos no ser imaginaria—, o no se ha de introducir *Rimmon*, o se ha de borrar del texto el nombre de Ai. Cf. DALMAN, *Palaestinayahrbuch*, 1916, 44 s.

(1) Hay otro camino más fácil, pero más largo: es probable que tomaran el más directo. El trazado que de éste da Dalman (*Zeits des D. Palaestina-Vereins*, 27 [1904], lámina VI) no parece ser del todo exacto. El sen-

Aquí descansarán los soldados de la ruda fatiga; y a la mañana siguiente, al clarear del día, salvarán animosos en menos de dos horas la última etapa que los separa de Jerusalén.

¡Oh y cómo toma nueva vida y brilla de nueva luz la estrofa del gran profeta, cuando se lee desde la cima de Gabaa, frente a Michmas, y el abismo entre las dos! ¡Cuánta verdad! ¡Cuánta realidad histórica! ¡Y cómo toda esta región, hoy poco menos que desierta, se anima; y se advierte por todos lados movimiento y agitación; el correr de las poblaciones, los gritos de los habitantes, que huyen des-pavoridos!

Preciso es mencionar y responder siquiera brevemente a dos dificultades contra el pasaje de Isaías, de que venimos hablando.

En un estudio relativamente reciente (*The Assyrian March on Jerusalem*, Isa., X 28-32; en *The Annual of the American Schools of Oriental Research*, vol. IV, 1924; p. 134-140) el Dr. Albright examina el pasaje desde el punto de vista métrico y topográfico. El resultado es una serie de transposiciones, con las cuales el autor cree haber obtenido un poema perfecto y, al mismo tiempo, una disposición más conforme a la topografía y a la historia. Dejando a un lado los otros puntos, nos fijaremos únicamente en los vv. 28 y 29. Albright, en parte, invierte el orden, leyendo así:

28a	El llegó a Ai,	pasó a Michmas,
31b		
29a	Cruzó el paso,	hizo de Gabaa su campamento,
28b	En Migrón dejó su bagaje.	

Aparte de varios cambios en el texto muy discutibles, el punto capital está en que el ejército no deja su bagaje en Michmas, antes de pasar el wady, sino después de haberlo cruzado, en Migrón (que para el efecto se traslada del Norte al Sur), junto a Gabaa. Cambio tan radical no cabe evidentemente justificarlo sino con graves razones. Estas las da A. en p. 135. ¿Cómo pudieron, dice, los asirios depositar su bagaje antes de llegar a su campamento? La respuesta

dero, que baja en zigzag al wady, cruza éste antes de la confluencia de w. en-Natuf y w. el-Medine, atraviesa éste, y sube directamente hasta cerca de Tell-Miryam. Dalm. lo hace correr demasiado hacia el Este. Puede ser que las condiciones hayan desde entonces cambiado.

dada por los intérpretes, que el bagaje fué dejado como en depósito al otro lado del paso a causa de su dificultad, es absurda (lindo cumplimiento para Knabenbauer, Fledmann, Condamin, Duhm, Koenig, Gray, Procksch, Dalman, y tantos otros escritores que creen poder conservar el texto masorético tal cual está); el ejército asirio había cruzado peores pasos en su marcha hacia el Sur, y habría sido pura locura abandonar el bagaje precisamente en el momento en que resultaba más necesario. Ni hay que olvidar que Isaías está describiendo un futuro avance, que pinta del modo más alarmante posible. Insinuar que los asirios serían intimidados por el difícil paso de Michmas, habría sido un anti-climax, que hubiera disminuído el efecto de la descripción.

Vamos al punto principal. A nuestro juicio, el hecho de dejar los asirios el bagaje en Michmas, tan lejos está de atenuar el efecto de la profecía, que, al contrario, lo aumenta. Sennaquerib se lanza contra Jerusalén, y tan cierto está de la victoria, y victoria pronta, que espera poder al poco tiempo abandonar la ciudad, dejándola perfectamente sometida. Y en tales condiciones, ¿para qué tomarse el trabajo de trasladar el pesado bagaje al otro lado del difícil wady? Hiciéranlo, cierto, en caso de necesidad. En esta coyuntura no la hay; y, por otra parte, es claro que con esto se facilita la marcha, y el enemigo, ligero y desembarazado, va a caer con fulmínea rapidez sobre la infeliz ciudad. ¿Quién no ve que la imagen del enemigo corriendo, libre ya de toda impedimenta, con sólo las armas en la mano, había de herir con mayor viveza la imaginación del pueblo?

Además, Isaías no pensaba ciertamente en los difíciles pasos que los asirios, en sus largas marchas, habían tenido sin duda que salvar; pero sí tenía muy presente la región desde Ai a Jerusalén, y sabía perfectamente que en toda ella no hay paso que pueda ni compararse siquiera en dificultad con el paso de Michmas. No es, pues, maravilla; antes muy natural que, viendo al enemigo acercarse rápido, sin tropezar con dificultad alguna, y queriendo precisamente presentarle como tal, a fin de no retardar su marcha, le haga dejar el bagaje en el único punto difícil que el camino ofrecía. No es esto insinuar que al asirio intimidara el profundo barranco, sino poner de relieve el propósito que tenía de caer pronto sobre la ciudad.

Ni se ve por qué precisamente en aquellos momentos fuese el bagaje más necesario; lo que sí era necesario era la rapidez en el avan-

ce y la ligereza en los movimientos. Por lo demás, según el mismo Albright, la impedimenta se queda junto a Gabaa.

Ni es del todo exacto el decir que en esta ciudad fijó el ejército su campamento: por lo menos, no lo dice el texto. Pasar en un sitio la noche para continuar la marcha al día siguiente, no puede propiamente llamarse poner allí el campamento.

Concluimos que el orden actual del texto masorético, histórica y psicológicamente, responde en un todo a la realidad objetiva, y que, por tanto, ninguna razón hay para cambiarlo.

De distinto género es la otra dificultad. Sabemos por 4 Reg. 18, 17, y por el mismo Isaías 36, 2, y, además, por los documentos asirios, que el enemigo vino a Jerusalén no por el Norte, sino del Oeste, desde Lachis. La profecía, pues, no se cumplió.

Por de pronto se ofrece una respuesta que no carece de probabilidad. Sennacherib, llegado junto a Betel, dividió sus huestes: un buen golpe de gente mandó directamente, por Michmas, contra Jerusalén; con el grueso del ejército se dirigió él hacia el Suroeste, y por el camino de Betoron llegó a la Sefela. Y en favor de esta explicación cabe aducir en alguna manera el v. 1 de Is. 36, donde se dice que "ascendit Sennacherib rex Assyriorum super omnes civitates Juda munitas, et cepit eas". Una de las ciudades sería Jerusalén, bien que ésta no la tomó.

Pero hay además otra solución, quizá más sencilla, y que a nuestro juicio es preferible a la primera. Isaías pronunció verdaderamente una profecía: la invasión triunfante de los asirios, y su ruina. Ambas cosas debían cumplirse, y ambas se cumplieron. Dios se las había revelado, y el Profeta las anunciaba con la certeza absoluta del testimonio divino. Pero el modo, la manera, las circunstancias particulares en que esto se cumpliría, el Señor no se lo había manifestado. El Profeta describe lo que sobrenaturalmente ha visto; pero no árida y secamente como el historiador, sino como el poeta, con espléndidos colores. No en abstracto y vagamente, sino en concreto, con riqueza de pormenores; pormenores no sacados de la pura fantasía, sino inspirados en las probabilidades históricas. Sennacherib venía ciertamente del Norte, de la Fenicia: era, pues, natural que el Profeta le contemplara avanzando en esta dirección y, por el camino más corto, volando a la ciudad, que daba ya por conquistada, y donde debía hallar su ruina. En todo esto, claro está, no hay ni asomo

de error. Todo es inspirado, todo es verdadero en el sentido en que lo entendió y lo expresó el autor. (Cf. *Institutiones Biblicae*, liber IV, núm. 125.)

Pero el paso de Michmas era célebre antes ya que Isaías lo inmortalizara en su magnífica estrofa. Tres siglos antes había sido testigo de una ilustre hazaña, también esta vez de sangre y guerra. Vale la pena recordar el episodio, descrito con precisión maravillosa en 1 Sam. 14.

Los filisteos habían invadido Israel y logrado establecerse en Michmas. Iba prolongándose la guerra entre los invasores y Saúl; y éste llevaba la peor parte. Parecía perdida toda esperanza de arrancar esa espina clavada en el corazón mismo del reino.

Jonatás (1), con el ardor de la juventud, que no repara en peligros, concibe una idea, más que atrevida, temeraria, y, sin dar aviso al rey, su padre, que de fijo no se lo permitiera, la pone en ejecución.

Tenían los filisteos, como gente prudente que era, uno o varios puestos avanzados al borde mismo septentrional del wady Swenit; desde allí les era fácil espiar los movimientos del enemigo y prevenir una sorpresa. Uno de estos puestos lo describe admirablemente el autor de 1 Sam.: "Entre los pasos por donde trataba Jonatás de pasar al apostadero de los filisteos, había una peña a manera de diente (el hebreo es más enérgico: "diente de peña") de un lado, y otra peña a manera de diente del otro lado: la una llevaba por nombre *Boses*; la otra, *Sene* (2). La una, hacia el Norte, frente a Michmas; la otra, hacia el Sur, frente a Gabaa" (14, 4 s.) (3).

¿Dónde están esas dos peñas, esos dos *dientes*, que debían, sin duda, de ofrecer un aspecto propio y singular?

En 1913 fué mi primera visita al wady Swenit. Leído en Gabaa el

(1) Escribimos el nombre en la forma generalizada por la Vulgata, bien que se aparte algo de la forma hebrea.

(2) La significación de uno y otro nombre es oscura. G. A. SMITH, *The historical Geography of the Holy Land*, 1896 interpreta: *Boses* = brillante; *Sene* = espinoso, e. d. agudo. La misma interpretación da Dhorme (*Les livres de Samuel*. Dalman, *Z. Pal.-Ver.* 1904, 169, propone varias otras explicaciones; pero ninguna pasa de mera conjetura.

(3) JOSEFO, *Ant.* VI, 6, 2 da una descripción minuciosa, pero oscura: habla de tres colinas o eminencias, y parece interpretar *Boses* y *Sene* no como nombres propios, sino como apelativos. Cf. Dalman, l. c. p. 172.

pasaje de Isaías, nos bajamos hacia el Este, paralelamente al borde meridional del wady, en busca de los famosos dientes. Trabajo perdido: por ningún lado aparecían. Desesperanzados ya de dar con ellos, volvimos a Gabaa, para tomar desde allí el camino de Michmas. Fuimos bajando por el estrecho sendero en dirección Noreste. Al llegar al fondo del valle, volviendo los ojos hacia el lado derecho, brotó de nuestros labios una exclamación de alegre sorpresa. Allí, frente a nosotros, estaban los dos escollos que íbamos buscando. Pasaron ya casi veinte años, y dura todavía en mí la impresión de aquel momento. Treinta siglos atrás el autor del libro de Samuel había descrito, diré mejor, fotografiado, aquel sitio con exactitud maravillosa: todos los minuciosos pormenores de la descripción corresponden perfectamente a la realidad. Por largo rato los estuvimos contemplando.

En estos últimos años varias veces tuve ocasión de visitar el mismo sitio, y más detenidamente lo hice el 16 de enero próximo pasado. Acompañado de uno del pueblo, pasé de Michmas a Hirbet ed-Dwer, hacia el Oriente, y desde allí bajé al wady, y precisamente sobre el diente mismo del lado Norte. Es un peñón considerable, que se adelanta dentro del valle en el punto preciso en que éste empieza a estrecharse. Desde el fondo puede subirse, bien que con alguna dificultad, por uno y por otro lado; y éstos serían los *pasos* de que habla el libro de Samuel. La parte superior consta como de dos plataformas, la meridional un tanto más baja que la septentrional, ofreciendo sitio muy a propósito para un puesto de observación. Aquí estaría el de los filisteos. Al conjunto dan los naturales el nombre de *el-miqtara* (1). En la plataforma más alta se conservan restos de un antiguo edificio. Es un casi cuadrado de unos ocho metros y medio de ancho por nueve y medio de largo. Sus muros, formados por grandes bloques toscamente labrados, alcanzarán de uno a dos metros de altura; tiene la entrada por el lado Sur, y el interior está

(1) Dalman lo llama "*Chirbet el-Miktara*". Mi acompañante, natural de Michmas, me aseguró que los del país no lo llamaban *chirbeh*, sino simplemente *el-miqtara*. El mismo Dalm. da una descripción exacta (Z. Pal.-Ver. 1904, p. 165-168) y un diseño (ibid, lámina VI). La significación de *miqtara* es desconocida: Dalm. (ibid) menciona algunas, dándolas por meras conjeturas.

dividido por un muro, que deja comunicación entre los dos espacios resultantes. Nadie sabe lo que fué; como habitación es harto pequeño: su forma parece ser de una torre; no es aventurado el suponer que sirvió un tiempo de punto de observación. Es interesante la coincidencia de este edificio aquí con el apostadero de los filisteos. Como no lejos de aquí hubo ciertamente una laura, pudiera tal vez alguien pensar que el pequeño edificio fué habitación de un monje (1). Pero no es ésta, a nuestro juicio, la impresión que el visitante recibe de todo el conjunto. Más enigmática es, si cabe, otra construcción. En el punto de división de las dos plataformas y en la superficie perpendicular de la roca, que las separa, se abre, frente a la plataforma inferior, una cueva de unos tres metros de fondo y unos dos de profundidad. Para cerrar esta cueva se construyó un muro, de un espesor enorme, en forma de semicírculo, compuesto de grandes piedras labradas, de las cuales cuatro o cinco filas todavía se conservan. De esta suerte resulta un espacio circular muy semejante al de una cisterna. Y que en realidad fué cisterna es lo primero que se ocurre. Pero un examen más atento demuestra que no hay vestigio alguno de cemento o enjalbegadura ni de agua allí depositada. En tales condiciones preferimos abstenernos de formular un juicio, que forzosamente debiera ser harto precario. Otras particularidades de menos importancia son una cisterna en la plataforma superior y, además, varias cavidades, destinadas, sin duda, a recoger el agua de la lluvia (2).

Localizando el sitio (3), asistamos a la proeza de Jonatás. Puesta

(1) Tanto más que allí cerca, en el mismo wady, hubo una o varias lauras; muy probablemente, un monasterio en la altura, hacia el Norte, donde se señala ahora Hirbet ed-Dwer; y además, es cierto que en el período bizantino hubo en Michmas una iglesia, según consta por una hermosa inscripción encontrada allí mismo a mediados de enero último.

(2) DALMAN (l. c. p. 168) sospecha que en tiempos remotos pudo ser este sitio un lugar destinado a sacrificios.

(3) No todos—como fácilmente se entiende—admiten la identificación propuesta. ROBINSON, *Palaestina* (1841) II 328, identifica *Boses* y *Sene* con dos colinas, ambas al Norte del wady (pueden verse señaladas en *Z. Pal.—Ver.* 1904, lámina VI). Dalman, l. c. p. 164, dice que GUÉRIN (*Judée* III 64) sigue la opinión de Robinson; esto no parece ser exacto. Guérin habla, es verdad, de “deux collines rocheuses”; pero las coloca a uno y otro lado del wady (“de l'un et de l'autre côte de cet oued [e. d. Swenit]”). A nuestro juicio,

en Dios su confianza, dice éste a su escudero: "Vente; pasémonos al apostadero de esos incircuncisos." Respóndele el escudero: "Haz como te plazca; contigo me tienes para cuanto quieras." Le propone entonces el plan de campaña. Jonatás sabía que no era posible llegar hasta el puesto del enemigo sin ser vistos de éste; y por esto dice: "Mira; en pasándonos a esa gente, de fijo que nos van a descubrir. Ahora bien; si nos dijeren: Estaos quedos hasta que os alcancemos, parémonos y no subamos. Pero si dijeren: Subíos acá; subiremos, porque los entregó el Señor en nuestras manos. Esta será para nosotros la señal."

Sin más se lanzan los dos jóvenes a la temeraria empresa. Bajan de Gabaa al wady, siguen por unos momentos el cauce, y, al dar vuelta al recodo, son avistados por los del apostadero, quienes echan

ambas identificaciones son de todo punto infundadas: la descripción bíblica supone una nota bien característica, nota que en dichas colinas no aparece.

El P. LAGRANGE (*Rev. Bibl.* 1895 s.) piensa haber encontrado las dos célebres peñas más adentro el wady, un tanto al Este de el-miqtara, en el punto donde a la derecha, e. d. del lado Sur, se abre en lo alto una gran cueva. Nosotros vimos detenidamente el sitio, entramos en la cueva, pero hemos de confesar que ninguna particularidad bien caracterizada nos llamó la atención. Tampoco pudimos dar con el "couloir en face de la grotte", que habría sido el camino seguido por Jonatás. Cuanto a las dos peñas de el-miqtara, donde nosotros colocamos la escena, es de advertir que ninguna impresión producen cuando se sube el wady desde el Oriente: el efecto lo hacen miradas desde el Occidente.

DALMAN, *Z. Pal.—Ver.* 1904, 165 s., sostiene la identificación de *Boses* con el-miqtara (en p. 166 de una fotografía), y de *Sene* con el opuesto lado del wady. En *Palaestinajahr buch* 1911, 12, (cf. ib. 1916, 49) cambia de opinión: busca el sitio mucho más hacia el Este; identifica *Boses* con *el-hosn et-tahtani*, y *Sene* con *qurnet challet el hajj*, frente al primero (véase el diseño del mismo Dalman, *Z. Pal.—Ver.* 1905, lámina V). La única razón que da en favor de este segundo sitio es que en él había realmente necesidad de "trepar con pies y manos" (1 Sam. 14, 13), mientras que no es éste el caso en el-miqtara. Francamente, no nos explicamos cómo una tal afirmación pueda hacerse por un hombre que, como Dalman, ha visitado y conoce tan bien la configuración del lugar. Recuerdo que, al subir a duras penas la cuesta, decía mi compañero: "Aquí sí que hay que trepar con pies y manos." Por otra parte, en el sitio preferido ahora por Dalman hay, en verdad, de ambos lados del wady dos protuberancias en lo alto del monte; pero ellas son tales que no hacen la impresión que supone la descripción gráfica del relato bíblico. Por nuestra parte, no vemos motivo alguno para abandonar una opinión formada de muchos años atrás, y que con las sucesivas visitas no se ha ido sino confirmando.

a gritar: "Mirad los hebreos, que salen de las cuevas donde se ocultaron. Subíos acá, que os pondremos a buen recaudo." Dice entonces Jonatás a su escudero: "Sígueme, que los entregó el Señor en poder de Israel."

Como dijimos, a ambos lados del gran peñón hay dos subidas, difíciles las dos, pero más la del Oeste. Por una de ellas, quizás la más áspera, se subió Jonatás, trepando con manos y pies; y en pos de él, su escudero. No contaban, sin duda, los filisteos con tal osadía: ésta los desconcertó; y con esto se explica que en aquel primer encuentro, en la mitad del espacio que un par de bueyes puede arar, los dos valientes jóvenes dejaran fuera de combate no menos de veinte hombres (1).

¡Con qué viveza revive esta escena, ya de suyo tan pintoresca, cuando se contempla en el sitio mismo donde se desarrolló! Y desde allí la imaginación ve cómo los dos lados del wady, hasta entonces poco menos que silenciosos—no atreviéndose un ejército a avanzar contra el otro—, a los pocos momentos se animan y se pueblan de soldados, que desde la cresta de las dos montañas tratan de darse cuenta de lo que pasa; y poco después el correr de los filisteos, que huyen a la desbandada; y el adelantarse del ejército de Saúl, que cruza el wady, gana la cima y, reforzado con los israelitas escapados de los filisteos y con los que andaban ocultos en las cavernas, se lanzan todos tras el fugitivo enemigo y le van al alcance hasta el lejano valle de Ayalon, obteniendo completa victoria.

Las antiguas construcciones, cuyos restos vemos hoy en *el-miq-tara*, ¿tienen alguna relación con la hazaña de Jonatás? ¿Se quiso recordar la ilustre proeza que salvó a Israel? Ello es cierto que el hijo de Saúl, el fiel amigo de David, el adolescente amable "*super amorem mulierum*", el valeroso combatiente "más veloz que el águila, más fuerte que el león" (2 Sam. 1, 23. 26), es bien digno de un monumento, no ya esculpido en piedra, sino en el corazón de todos los hombres.

ANDRÉS FERNÁNDEZ

Jerusalén

(1) Como nuestro objeto no es hacer aquí un estudio minucioso del texto, no nos detenemos en mencionar las varias modificaciones que tal vez pudieran hacerse, y que algunos hacen, quizá no en todos los casos con razón suficiente. Véanse los comentarios, p. ej. de Hummelauer, Dhorme, Schulz, Smith, etc.